

de Francfort. Su fortuna y su ocaso estuvieron de tal suerte reunidos, que aquel sér social perteneció de suyo á los seres efímeros, como todos los Parlamentos que no se animan en un verdadero ideal y no aciertan con el fin y objeto que al cabo han de cumplir. Donoso Cortés, con aquellas magnificencias de alto estilo usadas á la continua en sus discursos, decía de la Asamblea de Francfort que Alemania la alojó como una diosa en un templo y esa misma Alemania la dejó morir como una prostituta en una taberna. Pocas Asambleas han ceñido á sus sienas corona de popularidad semejante. Parecía el Concilio de la razón humana puesto bajo las blancas alas del espíritu de nuestro siglo. El Verbo de la civilización hablaba por su boca. Las ideas de tantas inteligencias superiores, el curso de tantos siglos genésicos, desaguaban en aquel inmenso espacio, que parecía la cima del estrellado cielo de nuestro pensamiento. Diríase que aquella Dieta de Francfort se había reunido para eclipsar en los anales germánicos la Dieta de Worms, donde se oyó el primer vagido de la libre conciencia religiosa en el Verbo y en el espíritu de Lutero, protestando contra todas las tiranías y defendiéndose inerte del emperador y del imperio. La fe, la esperanza, las ideas más puras, los propósitos más nobles, las tendencias más sanas y más vigorosas de nuestro tiempo, generaron aquel gran Parlamento, henchido todo él de verdaderas alucinaciones y magnetizado por una especie de noctambulismo sublime. Pero ¡ah! que no tenía ninguna solución práctica y concreta. Los unos aparecían como republicanos teóricos, los otros aparecían como socialistas vagos, los otros se aferraban á la vieja historia nacional, una mínima parte á la extrema izquierda hegeliana deseando no ya destronar á los reyes, destronar á los dioses, y las almas de muchos se asemejaban á errantes cometas sin órbita calculable y muy dispuestos á perderse allá en los abismos de las indeterminaciones confusas. Lo que había sobre todo y antes que todo allí, era una grande aspiración á la unidad germánica. Pero esta grande aspiración á la unidad germánica no sabía ni cómo soterrar el feudalismo antiguo, ni cómo poner un solo Estado sobre tal enorme número de Estados diversos. Lo cierto es que fracasó la grande Asamblea de Francfort como habían fracasado todos los órganos diversos de la revolución europea en el año 48 y se desvaneció sin dejar de sí otra cosa que la unidad en germen sobre aquel suelo y sobre aquel espíritu.

La mayor parte de los revolucionarios en Francfort, volvió sus ojos á

Prusia. Columna del protestantismo en tiempo de las guerras religiosas, factor trascendental en las ligas y asociaciones que dieron por fruto y resultado la Reforma, representante un día del espíritu filosófico propio al décimo octavo siglo, rival del Austria, los revolucionarios más resueltos tomaban á Prusia como el instrumento mejor templado para el natural logro de la unidad germánica. Esta preferencia le costó bien cara en aquel entonces, obligándola tristemente á la horrible humillación de Olmutz. Pero la idea quedó sembrada, y todas las ideas, que se siembran con oportunidad, se recolectan tarde ó temprano en frutos. Un repúblico extraordinario, el canciller Bismark, se propuso imitar á su glorioso predecesor el barón Stein. Y así como el barón Stein solo pensó en rescatar la humillación de Jena, el canciller Bismark solo pensó en rescatar la humillación de Olmutz. El barón Stein, con extraordinaria claridad de inteligencia y firmeza de voluntad fué organizando militarmente á Prusia, para llevarla de súbito á empeños como el empeño de Waterloo, y el canciller Bismark organizó militarmente á Prusia para llevarla de triunfo en triunfo á Sadowa y á Sedan. En vano el Parlamento de su patria le oponía las mayores dificultades y le cerraba todos los caminos legales para la fuerte organización militar; su voluntad férrea, metida en tal empresa gigante, no cedía no á los obstáculos, y redoblabla de intensidad y de fuerza. Reunir Alemania en torno de Prusia, realizar el testamento de la Asamblea de Francfort, disciplinar los alemanes en el ejército para conducirlos ya disciplinados á la unidad, hé ahí todo su proyecto.

La confederación, salida de los tratados del quince, aventajaba en mucho á las otras confederaciones. Mas, á pesar de tales ventajas, tenía elementos y factores bien extraños. El Gran ducado de Luxemburgo, por ejemplo, concedido en los tratados al rey de Holanda, y en cuya virtud este rey se halló confederado con los demás príncipes alemanes, quedó en situación bien singular á los quince años de haber adquirido tal forma y de haberse anexionado con tal soberanía. Consumada la revolución del treinta en Francia, que diera mortal golpe á los tratados del quince, debía resonar por fuerza y por necesidad en Europa. Su primer obra resultó la independencia de Bélgica. El Congreso de Viena sumó Bélgica con Holanda, sin parar mientes en aquella incompatibilidad de humores, que se mostrara con tanta claridad, cuando en las guerras religiosas de los siglos décimo sexto y dé-

cimo séptimo Holanda se apartó de nuestra España, y se quedó en nuestra España Bélgica. Divididas las dos naciones había que dividir entre ambas el ducado de Luxemburgo. Viena lo había cedido al rey de Holanda, quien por esta cesión, entraba como príncipe alemán en el imperio y como príncipe alemán tenía representación en las Dietas. Entonces Luxemburgo se dividió, pasando una parte á Bélgica y otra parte á Holanda, la cual Holanda quedó por la parte recibida, con voto en la confederación. Estas cesiones y retrocesiones diplomáticas, llevaban consigo aparejadas muchos y muy graves problemas. Así, por ejemplo, en el año 1867, al punto y hora de inaugurarse un tan vasto certamen como su exposición, el emperador Napoleón tenía un cuasi convenio con el rey de Holanda para tomar el Luxemburgo. Y este convenio secreto no llegó á publicidad, sin promover amenazas de guerras, á las cuales quedó como en suspenso. Pues bien, algo así hubo en el asunto célebre de los ducados daneses. Por 1864 Austria y Prusia declararon la guerra en conjunto á Dinamarca, y consiguieron, por la razón de su fuerza superior, una cesión del Hesse, del Holstein, y del Lanwenburgo. Las dos potencias, que habían realizado aquel acto en 1864, rñeron tras varias alternativas en 1866, y tamaña pugna trajo consigo aquella guerra de siete semanas, y tras la guerra de siete semanas, aquellas alteraciones del mapa germánico, las cuales debían concluir trayendo no menores alteraciones al mapa europeo.

La unidad, que hoy tiene Alemania, y la organización, que hoy alcanza, débense á dos guerras; á la guerra con Austria y á la guerra con Francia. En la primera concluyó aquella confederación germánica, que tuvo caracteres tan opuestos en las victorias y en las derrotas de Napoleón. El Austria, que se había creído siempre la región emperatriz de Alemania, quedó expulsada del suelo alemán. En aquel pueblo, donde había tenido un trono, ya no le quedó espacio ninguno. Así tuvo que ceder á Italia el Veneto, los Estados daneses á Prusia, y á Hungría su libertad é independencia. Las regiones del Norte alemán, aquellas más vecinas á Prusia y con Prusia más homogéneas, formaron otra nueva confederación. Así como con sus victorias Federico el Grande se había en cierta ocasión inolvidable anexionado Silesia, su descendiente Guillermo I se anexionó el reino de Hannover, el ducado de Nasau, el electorado de Hesse, y la ciudad libre de Francfort. Los otros Estados, que constituían la total confederación germánica en los

tiempos del Austria, quedaron fuera de esta confederación prusiana; pero tal situación, lejos de calmar á Europa, encrespóla, como no había estado nunca encrespada de tal suerte antes. La diplomacia francesa del imperio, muy mal informada respecto de la opinión germánica, creyendo una especie tan insensata como la especie de una paridad ó de una identidad entre la situación de Austria en Italia y la situación de Prusia en Alemania, empeñóse con verdadera demencia en la obra insensata de impedir á Prusia el paso de la línea que se llamaba del Mein y en fomentar las propensiones más ó menos separatistas de los pequeños Estados alemanes á quienes creía ú opresos ó amenazados de opresión por Prusia y dispuestos á derrocarla, siquier para ello necesitasen del auxilio de Francia. Insensato, insensatísimo, el emperador Napoleón Bonaparte no caía en esta cuenta de que todo le fuera fácil en Italia, porque se hallaba con el libertador Piamonte, y todo le había de ser difícil en Alemania, porque se hallaba contra la libertadora Prusia. En algunos momentos vió con claridad la política más salvadora; pero espantado á las fulguraciones despedidas por la opinión francesa, siguióla como pudiera seguirla un tribuno de la plebe, y no supo dirigirla, ó por lo menos, refrenarla como debía un César de dictadura é imperio. Concluida la guerra del 66, cuando se acababa de constituir la nueva Prusia y se acababa de completar casi la nueva Italia por aquella inolvidable sesión del Veneto, Napoleón, que había demandado inútilmente una rectificación de fronteras en su provecho, hizo de la necesidad virtud, y se puso á defender las nuevas alteraciones en el mapa europeo. Según él ó según el documento publicado en aquel estío de 66 por un ministro de Negocios Extranjeros, La-Valette, constituían el nuevo reino de Prusia y el nuevo reino de Italia, dos incontestables victorias de la Francia revolucionaria y progresiva sobre todas las reacciones y todas las resistencias europeas. El Austria, la obra mayor de la Santa Alianza, y la enemiga más implacable del pueblo francés, á quien amenazaba de un lado por los Alpes con sus posesiones italianas y de otro lado por el Rhin merced á la presidencia de su confederación germánica, el Austria quedaba completamente vencida y sin fuerzas ya para intentar una reacción europea. En cambio tres naciones revolucionarias, tres naciones progresivas, tres naciones adictas á la libertad y al derecho había desde aquel minuto en Europa y eran, á saber: la Francia de la revolución, la Italia nueva nacida del seno de Francia, y la

Prusia enemiga implacable del Austria. Con estos tres elementos el mundo europeo podía descansar en paz.

IX

Aquí, en esta declaración debió, según mi sentir y entender, quedarse fijo el imperio. Esta política suponía una inteligencia con Prusia, Inglaterra, Italia y Francia contra los dos factores del viejo espíritu reaccionario, contra Rusia y Austria. Penetrado el imperio de que tal política previsoramente convenía mucho al pueblo francés y á la paz europea debió seguirla con aquella porfiada tenacidad que requiere toda política de altos conceptos y providencial empeño. Mas, para seguirla, precisaba dar de mano completamente al sueño de la reivindicación del Rhin y á los preparativos constantes de una guerra próxima. Un desarme rápido y no el armamento formidable; una política de libertad y no una política de cesarismo convenía en aquellas extraordinarias circunstancias. Pero había en Francia una opinión predominante que no se resignaba de suyo á la prepotencia prusiana y que pedía con tenacidad la declaración de guerra pronto. Los espíritus previsores y elevados no querían la guerra; pero el pueblo, muy ufano de antiguo con su hegemonía en Europa, no quería resignarse á compartirla con ningún otro pueblo y menos con el aborrecido pueblo alemán. Girardin, el excelso periodista acostumbrado en su larga y gloriosa existencia de publicidad constante á decir la opinión universal antes de la opinión propia, después de haber publicado durante un quinquenio, artículos y más artículos con el expresivo título de guerra á la guerra, turbó la paz moral francesa echando combustibles al fuego devorador de las pasiones. Todavía publicaba los apotegmas recogidos en los libros más sabios y de las plumas y de las lenguas más ilustres á favor de la paz perpétua y ya predicaba la guerra con el prusiano á todo trance.

Pero lo que más determinó este movimiento á favor de la guerra fué un discurso pronunciado por Thiers en fines del año 66 contra la circular de La-Valette arriba mencionada. El gran orador se propuso demostrar que los engrandecimientos de Italia y Alemania sólo habían servido para disminuir á Francia y que la política verdaderamente nacional consistía en deshacer todo lo hecho. Para M. Thiers, desde los tiempos de Luís XI y Carlos VIII esta-

ba definido el proceder que debía seguir Francia en su política internacional. Todos los reyes franceses tendieron á concluir con la prepotencia española. A tal impulso las mayores guerras de Francia obedecieron por más de trescientos años. Bayardo murió por disputarnos el dominio de Nápoles; Francisco I quedó cautivo por disputarnos el dominio de Milán; Enrique II favoreció á los protestantes alemanes, por combatir nuestro predominio en Germania; Enrique III combatió á la liga de los católicos dentro de París, porque la liga católica tenía su clave y su representación en España; Enrique IV fué á Ybri: en alas del odio á la nación vecina; Luís XIII y sus ministros fueron á Rocroy y Richelieu mismo, á pesar de su dignidad cardenalicia, sostuvo á los luteranos contra los católicos porque los luteranos iban contra España y contra su prepotencia en el centro de nuestra Europa; trabajo inmenso de tres siglos que no concluyó sino después de haber Luís XIV dicho como los Pirineos habían desaparecido y como su propia casa y familia dominaba en la península española por medio de Felipe V. Según Thiers, Francia no podía vivir más que rodeada por naciones débiles, disminuídas, rotas, que hubieran menester su autoridad y su tutela. Por consecuencia, todo lo que había hecho el imperio á favor de la unidad italiana y de la unidad germánica disminuía, por lo menos contrastaba mucho la política tradicional de Francia que iba poco á poco descendiendo en la escala de su poder y de su influjo hasta convertirse por desgracia en potencia de orden secundario.

Este maravilloso discurso, uno de los más elocuentes que se hayan jamás oído en Europa, flaqueaba por su base, pues, ofrecía en su argumentación lados tan vulnerables, que merced á ella podía entrar en el seno de Francia la enemiga y el odio de todos los pueblos. ¿Cómo? La nación central de nuestra Europa, colindante con casi todas las grandes naciones continentales, colindante con Italia, colindante con Alemania, colindante con España, vecina de Inglaterra, proclamaba por medio de su orador más respetado ante la Europa entera que Francia no podía vivir sino circuída por fragmentarios pueblecillos semejantes á un enjambre de innominados aereolitos, restos de planetas, pavesas de soles. Aquel discurso parecía dicho para concitar contra Francia todos los odios europeos. Pero hería en el corazón al imperio y Thiers no se curaba en aquel momento de ninguna otra cosa más que de tal fin y objeto. Exacerbado el orgullo francés á la caldea-